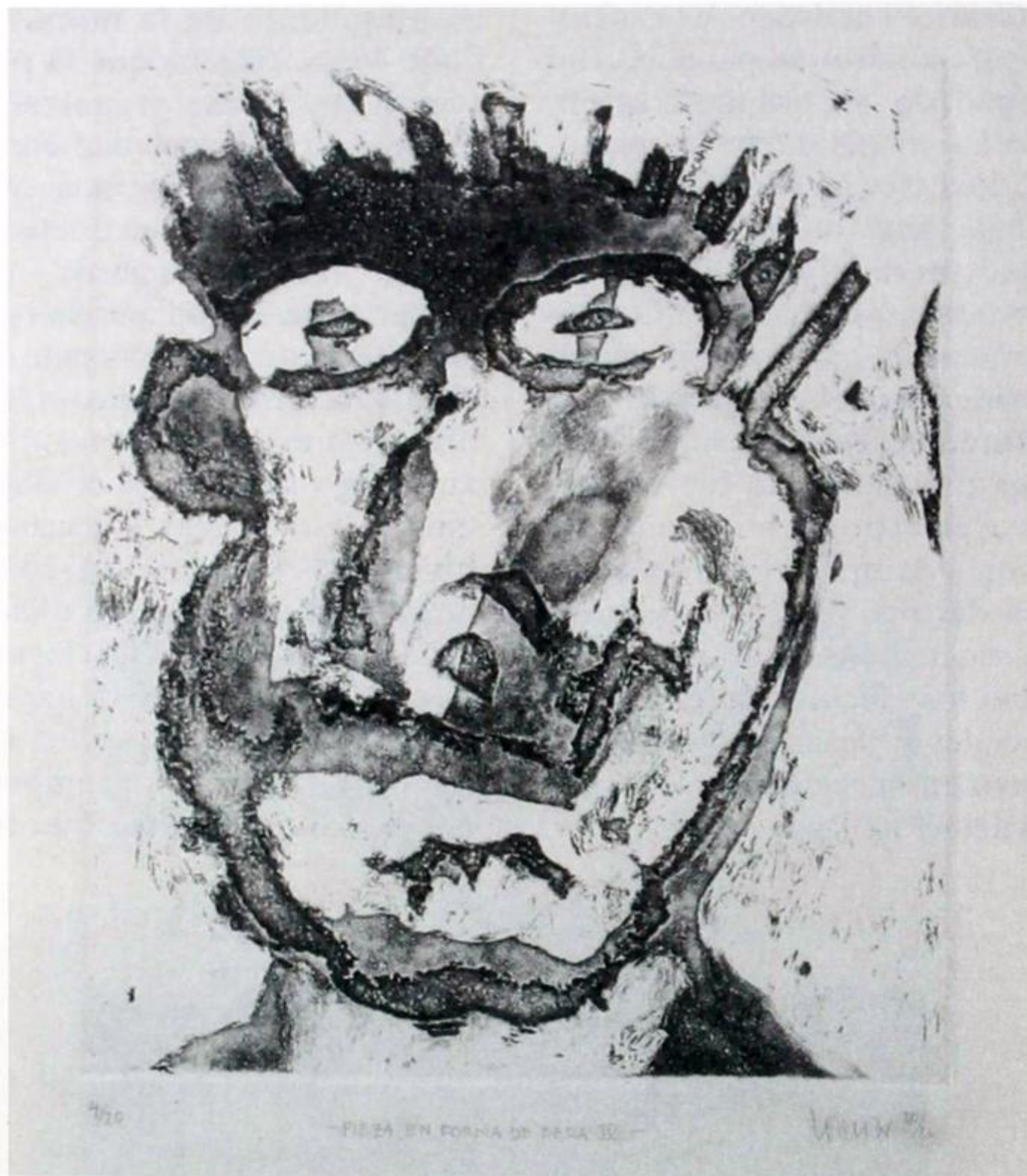


religión organizada, no sólo en Colombia sino en la América Latina y la Europa decimonónicas, un tema poco estudiado, tal vez debido a suposiciones no comprobadas de la academia secularizada propia del siglo XX (pág. 305).

contraron en el norte de Antioquia “un lugar atractivo debido a su localización estratégica, sus ricos recursos naturales, su aislamiento y la relativa ausencia de las autoridades” (pág. 312). Antioquia puede haber atravesado tiempos difí-



En los “Comentarios finales”, Londoño Vega retoma la pregunta de por qué el compacto tejido social antioqueño se desintegró en los años posteriores a 1930. Sugiere que la afluencia de inmigrantes rurales a Medellín, la tendencia nacional hacia los enfrentamientos políticos y la violencia y, en general, el deterioro en los niveles de participación comunitaria, desmejoraron la calidad de la instrucción pública justo cuando un mayor nivel de pobreza y desempleo produjeron altas tasas de criminalidad y prostitución. En consecuencia, durante la severa crisis económica del decenio de 1980, Medellín sucumbió a las expectativas del dinero fácil que trajo consigo el tráfico de cocaína; y las guerrillas rurales en-

ciles en los decenios recientes, pero Londoño Vega concluye que la desintegración social pudo haber sido peor de no haber sido por el legado de esa “densa sociabilidad” y los canales relativamente fluidos que enlazaron la iniciativa privada, gubernamental y de la Iglesia católica en la era transcurrida entre 1850 y 1930 (pág. 315).

JANE M. RAUSCH
Universidad de Massachusetts,
Amherst

1. Versión de la reseña originalmente publicada en *The Journal of Interdisciplinary History*, Nueva York, vol. XXXIV, núm. 1 (Summer, 2003), págs. 124-125. Agradecemos a los editores el permiso de traducirla y publicarla en el Boletín Cultural y Bibliográfico.

“Un libro original”

Religion, culture, and society in Colombia: Medellín and Antioquia, 1850-1930

Patricia Londoño Vega

Clarendon Press, Nueva York, 2002, 402 págs.¹

La historia de la religión en América Latina, magistralmente estudiada por especialistas en el periodo colonial y por algunos sociólogos en tiempos recientes, ha sido poco cultivada en lo que respecta al siglo XIX; de ahí que el historiador tenga que armar su cronología y sus temas casi de cero. Patricia Londoño Vega logra esto y más para el caso de Colombia. He aquí un libro original en cuanto a tema, fuentes y enfoque. Entre los proyectos hasta ahora emprendidos acerca de la Iglesia en América Latina, seguramente es uno de los mejor documentados; y la gama de fuentes y publicaciones periódicas consultadas, en los ámbitos regional y religioso, es impresionante. Londoño Vega no aborda la religión de manera aislada, sino como estrechamente ligada a la cultura e inmersa en la sociedad; y el manejo que da a las referencias teóricas, diseñadas alrededor del concepto de sociabilidad en sus diversas variantes, es asequible y amable con el lector. Para un colega del fallecido Ian Christie resulta gratificante ver su *Stress and Stability in late Eighteenth-Century Britain* (*Tensión y estabilidad en Gran Bretaña a finales del siglo XVIII*), citado como un libro relevante y sugestivo para un estudio de la Antioquia de 1850 a 1930.

Tradicionalmente, Antioquia fue vista como un modelo de desarrollo racional en un país por lo demás difícil, como una región democrática, con cierta movilidad social, menos violenta que el resto de Colombia. Después del decenio de 1950, la región sucumbió al caos político y a la crisis social, y Medellín llegó a ser rotulada como la “capital mundial de la droga”. Para poder apreciar lo que no funcionó y entender el brus-

co tránsito de la tranquilidad al conflicto, la autora se remonta a la época cuando la región tuvo una mayor cohesión social. Consciente de que la sociabilidad no abolió los conflictos de clase, ella cifra su interés en la interacción entre las clases y en los vínculos entre personas de diferente origen social. No se limita a observar dicha interacción a partir de fricciones, desavenencias o prejuicios, sino también en la forma como las personas se percibían unas a otras, en los acercamientos e intercambios de valores, vistos desde las rutinas cotidianas. El libro empieza con un brillante recuento de la expansión de la Iglesia católica en Antioquia, mostrando cómo alcanzó una mayor presencia a pesar de la hostilidad de los liberales y de un pasado de privilegios. La autora, sin desconocer la intransigencia y la intolerancia del catolicismo colombiano o los limitantes efectos de la romanización, muestra la forma como los católicos se involucraron en hospitales de caridad y otras labores de asistencia social, como los jesuitas buscaron una nueva acogida entre los trabajadores urbanos al cambiar las viejas asociaciones devotas por organizaciones de ayuda mutua, y hacia el decenio de 1930, por sindicatos católicos. La Iglesia llegó a ser una institución familiar, estrechamente ligada a la gente a través de nuevas formas de organización social; con una influencia unificadora, no divisoria. La autora describe las actividades desarrolladas por las asociaciones voluntarias y por congregaciones religiosas. La religión se expandió no únicamente dentro de las iglesias sino también en las calles; la religiosidad popular se expresó en eventos bien fueran cívicos o piadosos, como en el citado ejemplo de 1875, cuando una procesión para festejar un acontecimiento civil congregó magistrados, abogados, doctores y asociaciones profesionales, "que marcharon detrás de la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús". Pero ¿qué significó este fervor religioso? Algo más que la consabida imagen de mujeres piadosas vestidas de negro

corriendo a la misa matutina. La fe promovió obras de caridad y mantuvo a las familias más adineradas pendientes de las necesidades de los pobres y desamparados; la fe llenó expectativas seculares y espirituales. Las sillas permanecieron llenas en las iglesias pero también en las bibliotecas, las salas de lectura y otras entidades culturales a las que la gente acudía en busca de una vida mejor, contribuyendo a la integración y la cohesión social. A medida que la Iglesia aumentó su presencia y entró en la vida de las gentes a través de las parroquias, las asociaciones pías, las congregaciones religiosas y las expresiones públicas de fe, —no era una religión introvertida sino una con propósitos humanitarios— uno de sus resultados fue la proliferación de sociedades filantrópicas que añadieron estabilidad social a Antioquia. La educación, confesional en su esencia pero de orientación pragmática, profesional y técnica, fue una parte integral de

este panorama gracias a su cobertura y a su calidad. Las asociaciones y entidades culturales se evidenciaron en un montón de sociedades literarias, bibliotecas públicas, clubes sociales y asociaciones encaminadas a promover un proyecto civilizador. La autora concluye en este estudio ejemplar sobre la cultura y la religión que esta "sociedad dinámica caracterizada por una creciente religiosidad, ofrece una visión distinta a la de las acostumbradas suposiciones simplistas aún vigentes en Hispanoamérica, según las cuales la religión se opone necesariamente a la modernización en lo social y cultural". A medida que presenta la evidencia, resulta difícil disentir.

JOHN LYNCH
Instituto de Estudios
Latinoamericanos, Londres

1. Traducción de la reseña originalmente publicada en *The English Historical Review*, vol. CXVIII, núm. 475, Oxford,



febrero de 2003, págs. 451-453. Agradecemos a los editores el permiso de traducirla y publicarla en el Boletín Cultural y Bibliográfico.

Releer a los cronistas

Los indios medievales de fray Pedro de Aguado. Construcción del idólatra y escritura de la historia en una crónica del siglo XVI

Jaime Humberto Borja Gómez
Ceja, Bogotá, 2002, 247 págs., il.

Producto de su tesis doctoral en historia, presentada ante la Universidad Iberoamericana de México D. F., el libro del profesor Jaime Humberto Borja Gómez es un interesante esfuerzo, saludable por demás, de releer a los criticados pero nunca bien estudiados cronistas coloniales¹. En efecto, aunque en épocas pasadas, principalmente en la década de los cincuenta del siglo XX, Orlando Fals Borda² y Juan Friede adelantaron importantes estudios sobre Aguado; en el caso del segundo, expresados en cinco ensayos y artículos³, alternos a la edición de la *Recopilación historial* de fray Pedro Aguado, la que Borja considera la mejor versión⁴, y en épocas recientes Álvaro Félix Bolaños⁵ y algunos especialistas en literatura colonial, entre los que destacamos a Hernando Cabarcas Antequera⁶, han hecho relecturas de algunos de los cronistas, es todavía mucho lo que se puede elucidar sobre ellos, máxime cuando las tendencias posmodernas ponen tanto énfasis en lo positivo de hacer etnografía —¿en este caso etnohistoria?, ¿o historiografía?— a partir de la forma como está escrito un texto sin necesidad de recurrir a las necesarias fuentes de archivo. Es así como, para estructurar su relectura de fray Pedro Aguado, Borja se monta en la controvertida historia de las mentalidades y en una serie de obras de la antropología, la lingüística, la semiología y la semiótica.

En el primer capítulo hace una excelente ubicación de la orden

franciscana, a la que pertenecía Aguado, en la que resalta las funciones de ésta (abrir el mundo y descubrir el mundo), la escritura de viajes en la tradición franciscana y la percepción del Otro en los relatos medievales, punto que nos parece el más importante, pues, realmente, las crónicas coloniales desempeñaron un papel fundamental en la concepción europea de la otredad, sobre la que ese continente fundamentó su dominación colonial no sólo sobre América sino sobre otros continentes, culturas, religiones, etnias, etc.

objeto del estudio de Bolaños, empleó la retórica como técnica para ordenar y producir el discurso, toda vez que la retórica fue una técnica que se aplicó al tratamiento de las ideas en todos los campos del conocimiento: un arte universal que debía “aderezar” toda comunicación. Para el análisis, situó las claves para la lectura de la *Recopilación*, de acuerdo con los parámetros que ofrece Aguado, para reconstruir el sentido que quiso darle a su obra, con el fin de entender la narración a partir de las determinaciones litera-



El segundo capítulo comparte la unidad de análisis con Álvaro Félix Bolaños: Una historia común a la historia: *la retórica*, los héroes y los tiranos, pues luego de describir y analizar la forma como se escribía la historia en el siglo XVI y qué era la historia para un autor de ese siglo, es concluyente en afirmar que Aguado, como cualquier hombre de su época, lo que es extendible al también franciscano fray Pedro Simón,

rias propias de su época y la intertextualidad que remite al pensamiento clásico, bíblico y medieval. Con lo que trata de ser coherente con los elementos suministrados en el primer capítulo.

El argumento que deviene es que el indígena que presentó Aguado es un indígena retórico, demoníaco, idólatra, que surgió de una realidad textual y no de una realidad aprehendida por la experiencia, pero el discurso